

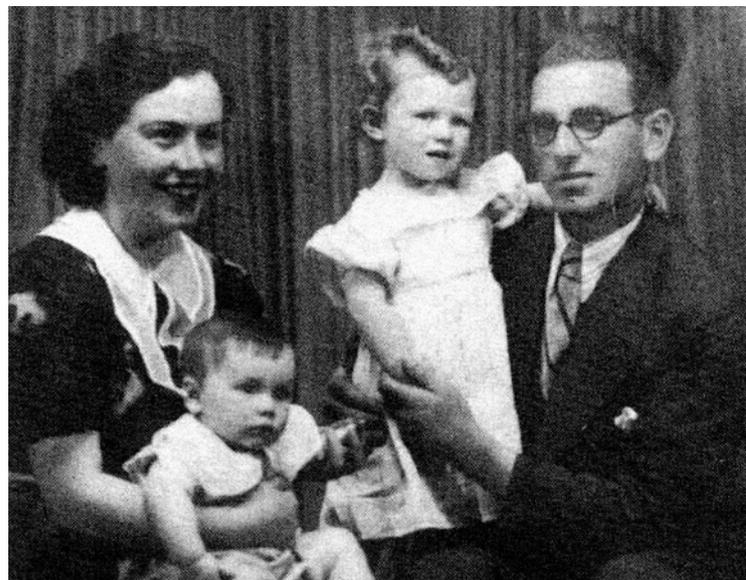
# La voz de Alejandra Pizarnik

Estableció en sus poemas un tono, un estado de ánimo, una tendencia al frenesí, a la melancolía, al hastío del mundo y a la autodestrucción.

POR: **Nadia Contreras**

**E**n Alejandra Pizarnik (al igual que en Silvia Plath), es difícil separar la vida y la vocación literaria que se asume como medio de salvación. Por lo tanto, en un primer punto de estos comentarios se parte de lo que escribe Susana H. Haydu en *Evolución en un lenguaje poético* sobre esta escritora “tan plena de fatalidad poética”: el desarraigo, provocado por esa falta especial de raíces nacionales y locales, se relaciona con el sentimiento de exilio que recorre sus poemas y que no la abandonó jamás.

Alejandra Pizarnik nació en Buenos Aires en 1936. Sus padres fueron emigrantes rusos de ascendencia judía que vivieron en la parte sur de la capital argentina. La infancia de Alejandra, se puede decir, fue común como la de otros niños de su edad. Sin embargo, sobresale de ésta el hecho de autonombrarse de diversas maneras: Buma, Flora, Blímele, Alejandra, Sasha. Cristina Piña, en el libro *Alejandra Pizarnik, una biografía*, lo explica de la siguiente manera: Buma, para la madre y el padre, el íntimo círculo de amigas del colegio, el mundo de la infancia y la primera adolescencia; Flora, en la Escuela Normal Mixta de Avellaneda, donde se atrevía a preguntar y a discutirle a los profesores; Blímele para los maestros de la Zalman Reizien Schule; Alejandra, al llegar a la adolescencia, como máscara de fuego con la cual enfrentar la fiesta y el horror de la poesía; Sasha, al final como nombre más secreto, con resonancias de leyenda rusa y de joyeros del zar, de antepasados en el bosque helado de la Ucrania paterna, como último disfraz del desamor. De esta infancia se tienen algunos versos reveladores: “Mi infancia sólo comprende /el viento feroz /que me aventó al frío”.



**Alejandra sobre el regazo de su madre Rosa. Su padre, Elías, carga a su hermana mayor Myriam.** Foto: cvc.cervantes.es

## COMIENZA A DESLIZAR EL LÁPIZ

Sobre esta misma niñez-adolescencia se deben mencionar los poemas que Alejandra comenzó a escribir, su acercamiento a la corriente existencialista a través de Sastre, así como esa inteligencia superior, el interés por la literatura, la filosofía, la psicología y la muerte. Alejandra tomó al pie de la letra los principales postulados de la tradición romántica, que consisten en exaltar los sentimientos hasta el punto de justificar el suicidio por un amor no correspondido. Estableció en sus poemas un tono, un estado de ánimo, una tendencia al frenesí, a la